

ORLANDO, MILLONARIO EN PALABRAS

Luis Barrera Linares

Tengo ya una vaga imagen de la fecha en que conocí a este escritor Falconzuliano que lleva por nombre Orlando y por apellido Chirinos. Fue justamente en esta su Valencia de adopción, a mediados de los años ochenta, poco tiempo después de que ambos lográramos un cabeza a cabeza en la primera edición de la Biental "Alfredo Armas Alfonzo", coordinada por Freddy Salvador Hernández desde el Ateneo de Barcelona. Aquí, en esta ciudad, durante uno de esos sabrosos saraos literarios que se llaman simposios de literatura venezolana, me llevó hasta su casa y me lo presentó el escritor venezolano, que a mi juicio tiene el nombre y apellido más maracucho de todos: Cósimo Mandrillo. Y que juraría que Orlando no recuerda mis primeras palabras hacia él, porque los escritores tan famosos no se fijan en los laudos de quienes se acercan a mostrar admiración y ya en esa época Chirinos era un estrella, al menos entre todas las chicas que asistían a esos eventos.

No había ponente que se resistiera a sus cuentos, es decir a sus cuentos literarios. Llevo esas palabras en la memoria porque tengo el hábito de hacer perennes mis afectos cuando nacen del primer encuentro con alguien. Como siempre, yo ya era mucho más joven y menos veterano que él. Y le salí con una frase que más bien parece un manifiesto cultural de estos tiempos. Formal, seriote y con contundencia de profesor recuerdo que le dije "-me alegro que el jurado repartiera el premio entre los dos porque siempre he creído que aquí cabemos todos aunque yo hubiera preferido los veinte mil bolívares para mí solo".

Creo que ese inicial tono de mi parte abrió de una vez la brecha grata para una amistad que casi parece hubiera sido decretada en aquel momento por el reverendo Cósimo en plena celebración de misa: "los declaro amigos hasta que la muerte los separe", claro, como uno pierde la vergüenza con los años. Ahora puedo agregar que no le dije exactamente todo lo que estaba pensando, debi-

do a que ya comenzaba a verlo como un hermano mayor, no tanto por la edad, porque a decir verdad ahora yo parezco mayor que él, sino por la admiración y la envidia que su actuación literaria ya generaba en mí; mientras yo compartía con él mi primer conocimiento, ya Orlando iba como por el quincuagésimo premio él solito. Pero curiosamente su libro llevaba un título que muy bien podría ser mío *Oculto Memoria del Ángel* (publicado después en 1985) y el mío llevaba un título que se parecía más a él: *Beberes de un Ciudadano* (también de publicación posterior, en el mismo 1985).

Es decir, avafro y tenaz, como cualquier coriano en campo petrolero, el tipo con su porte de verdadero gitano maracucho se había ganado todos los premios de todas las casas, direcciones de cultura del país y para colmo en 1983 se enganchó también el concurso de cuentos de *El Nacional* con su magistral relato *Papeles de Guerra Sagrada*, incluido luego en su libro de 1989 *Pájaros de Mayo su Trueno Verde* y esto sin contar una catorcera de municipales y otros varios galardones que a mi juicio lo convertían en el escritor venezolano más acaudalado de todos, millonario. Hoy creo que entre él y Rafael José Alfonso han acaparado los premios como arroz, y no se si algo tenga que ver esto con el gentilicio pero, a pesar de que uno es trujillano y el otro maracucho, ambos tienen que ver con el estado Falcón, curioso fenómeno geográfico de la literatura venezolana, como para una tesis.

Digo esto como introducción y en el tono conversacional con que Orlando y yo hemos cultivado la amistad de estos años en que éramos más jóvenes, para resumir ahora la seriedad que implica un homenaje como este que durante toda la semana le rindió la Universidad de Carabobo, y me permitió hacer algunos señalamientos sobre la ubicación de su obra narrativa venezolana. No podía decir que Orlando es un escritor desconocido porque realmente no lo es, pero me atrevo a argumentar que por lo menos cada vez que pueden los críticos sacan el cuerpo a su obra.

Y es que Chirinos es raro, bueno no tanto como raro, porque esa palabra no le cuadra a su personalidad y no creo que le guste muchos, pero si extraño. Extraño en sus formulaciones de una prosa, que entre lo lírico y lo narrativo, y previa combinación de ciertos giros de la oralidad y algunos dialectalismos y arcaísmos, se vuelve como demasiado escritor y eso en este país no lo aceptan quienes se creen la tapa del último frasco de vinagre en plena manifestación reprimida por la Guardia Nacional.

Lo aceptan como escritor pero lo miran como gallina que mira sal, buena parte de quienes lo han vivido más que para escribir al mismo ritmo que acrecientan sus egotecas personales. Obviamente, no puede ser bien visto quien se ha dedicado a la literatura y además ha publicado libros y ha sido reconocido anónimamente por diversos jurados. Tiene que ser sospechoso un tipo que habiendo nacido en Maracaibo en algún año del siglo pasado y vivido después en Curimagua, escribe como si hubiera estudiado en Madrid, Coro, París, Londres y Casigua, ¿Por qué?. Bueno, porque a pesar de que lo han tildado alguna vez de narrador ruralista, tiene a mi juicio la virtud de codearse con el idioma como si escribiera no sólo para los habitantes del Barrio de Santa Lucía o de Borburata, sino de cualquier parte del mundo donde se lea español.

Es decir la narrativa de Chirinos tiene vocación de literatura universal y eso en Venezuela puede ser peligroso porque si llegan a descubrirlo fuera una vez, Más de una egoteca hinchada se desinflará. Tiene la virtud de describir sin los temores propios de quienes, en busca de gloria prematura, escogen las palabras con pinzas pero no perciben que las pinzas dejan costuras, dejan marcas.

Y alguna vez tendrán que olvidarse de que es un silencioso escritor ajeno de las alharacas y hasta tímido con los periodistas y con los críticos, pero con una contundencia que no deja lugar a

dudas. Ya me imagino a los lectores de otras lenguas diciendo que su escritor preferido es Monsieur Orlando Chirinos, Signore Orlando Chirinos o el mollejúo Orlando Chirinos como seguramente le dirán en lengua zuliana. Creo que precisamente una de sus principales virtudes es que, si de verdad, llega a llegar como por lo menos esperamos algunos de sus rivales y amigos, llegará solito porque ha crecido además de los aprendizajes a que son tan adeptos algunos de nuestros escritores. Esos que creen no poder sobrevivir sino pegados al corsé o la chaqueta de algún escritor más conocido o reconocido que ellos.

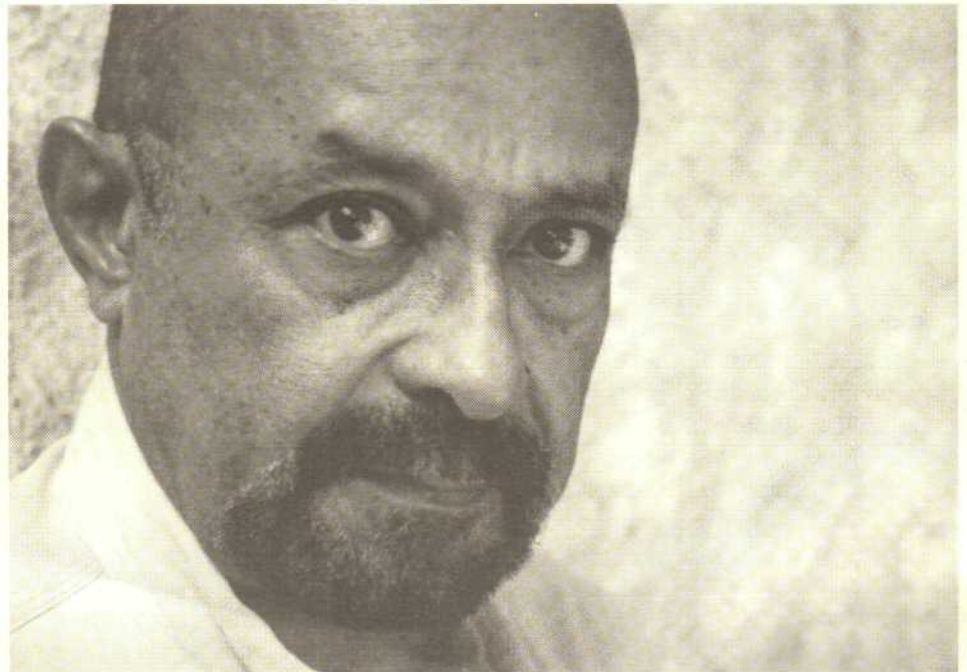
Esa manía que ha convertido nuestra literatura en un archipiélago de grupitos nucleados todos en torno a un escritor tótem que les sirve de soporte. Sobran entre nosotros, por ejemplo, los circulitos de ramosucreanos, galleguianos, uslarosos, menecistas, balzeros, garmendigos, cadeneros, montejeses, antillaneros, matagilosos, torrejos, trejudos, herrelaquianos, sanchipelázicos, picónsaladosy etcétera, para no abundar -Manuel Bermudez ha sido más "globalizador" en esto -y quizá más agudo- cuando concentra en dos grandes categorías genéricas: los que "gallean" y los que "octavio-paztan", Por eso decía yo al comienzo que se me hace difícil ubicar dentro de un sólo renglón la obra narrativa de Orlando Chirinos: variada, polifónica y muy distinta a cada libro. Uno lee, por ejemplo su primer volumen *Última Luna en la Piel* (1979) y se le hace difícil concentrarla en *Virtud de los Favores Recibidos* (1987), *Imagen de la Bestia* (1994), o *Mercurio y Otros Metales* (1997), y *Parte de Guerra* (1998), aparte de los títulos que ya mencioné arriba *Pájaros de mayo su Trueno Verde* (1989), *Última Luna en la Piel* (1979).

Porque cada volumen es una caja de sorpresas lingüísticas que revela una constante actitud de búsqueda. Tiene Orlando la manía de quienes verdaderamente escriben para permanecer, aunque jamás lo esperan.

Y por ello decía antes que es un escritor extraño. Resumo pues el retrato que a través de la lectura de su obra ha logrado hacerse mi perversa tía Eloína: Orlando Chirinos es maracucho de nacimiento y ha vivido en Curimagua, Valencia y Punto Fijo (de allí su porte de puntoijista); ha sido profesor y controlador aéreo (razón por la cual jamás parece perder el control de sí mismo); de los premios pretéritos, presentes y futuros del país y, más allá apenas le falta el kino; escribe *Mercurio y Otros Metales* para decir adiós a la gente del Sur, del Norte, del Este y del Oeste; no cree en pajaritos preñados en mayo ni en sus truenos verdes, y aunque la gente piense que lleva por dentro la imagen de la bestia.

Él insiste en ocultar para los otros su memoria de ángel porque sabe de sobra que la última luna que lleva en la piel es su más segura parte de guerra. En fin, que aquel mi envidiado y compañero de premio de mediados de los ochenta, del siglo que ya se cerró es un escritor de una sola y única línea vertical, y sin complejos ni prejuicios, ha demostrado suficientemente ser un verdadero señor de la palabra.

Alguna vez habrán de decirle entonces: "Maestro Orlando, su palabra vaya adelante". Y entonces para ese momento, ojalá pueda usted dejar de ser acaparador y permitir que otros nos ganemos algún premio.



Orlando Chirinos

Foto: Yuri Valecillo